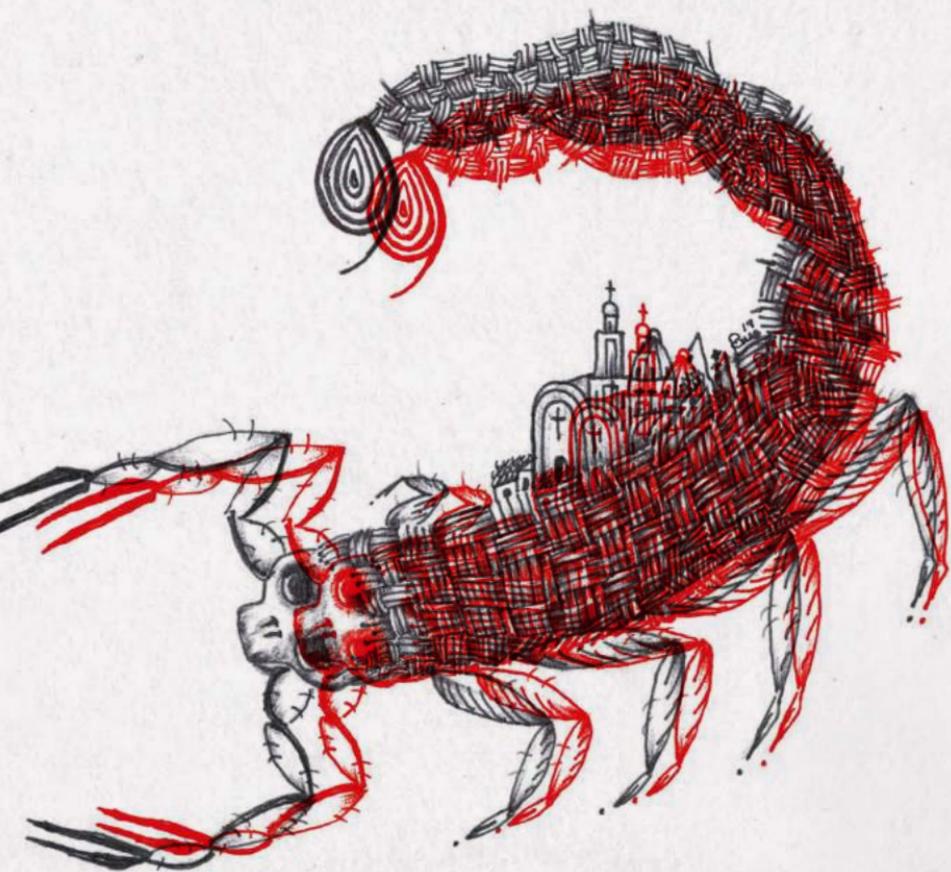


caldera de alacranes

evangelina
velázquez



~~sintitulo~~

**caldera de
alacranes**

caldera de alacranes

evangelina
velázquez

Primera edición: julio 2023

“caldera de alacranes”

D. R. © Paulina Velázquez Guzmán, “caldera de alacranes”



De la edición:

Licencia Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Se permite copiar y compartir esta edición por cualquier medio, siempre y cuando no se haga con fines comerciales, no se modifique el contenido, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

Editado por ~~sintitulo~~

Calzada Central 45 [3] Ciudad Granja 45010

Zapopan, Jalisco, México

Editor en jefe: Alejandro López Morales

Cuidado de la edición: Julio Espíritu

Corrección: Julio Espíritu y Sarah Medina Delgado

Diseño y composición: Mónica Pelayo y ~~sintitulo~~

Terminados de impresión: integra

Arte y viñetas: Alberto Romo

Formación de grabado: Juan Pablo Vadillo

Arte de cubierta:

Alberto Romo (1984)

“Caldera de alacranes”, 2019

Tinta sobre papel

21.5 x 28 cm

La impresión consta de 500 ejemplares, con 50 ejemplares numerados y firmados.

ISBN: 978-607-59587-2-9 / ISBN colección: 978-607-59587-0-5

Impreso y hecho en México / “Printed and made in Mexico”

colección

A stylized, hand-drawn logo for the 'LXSTRXS' collection, featuring the letters in a jagged, interconnected font.

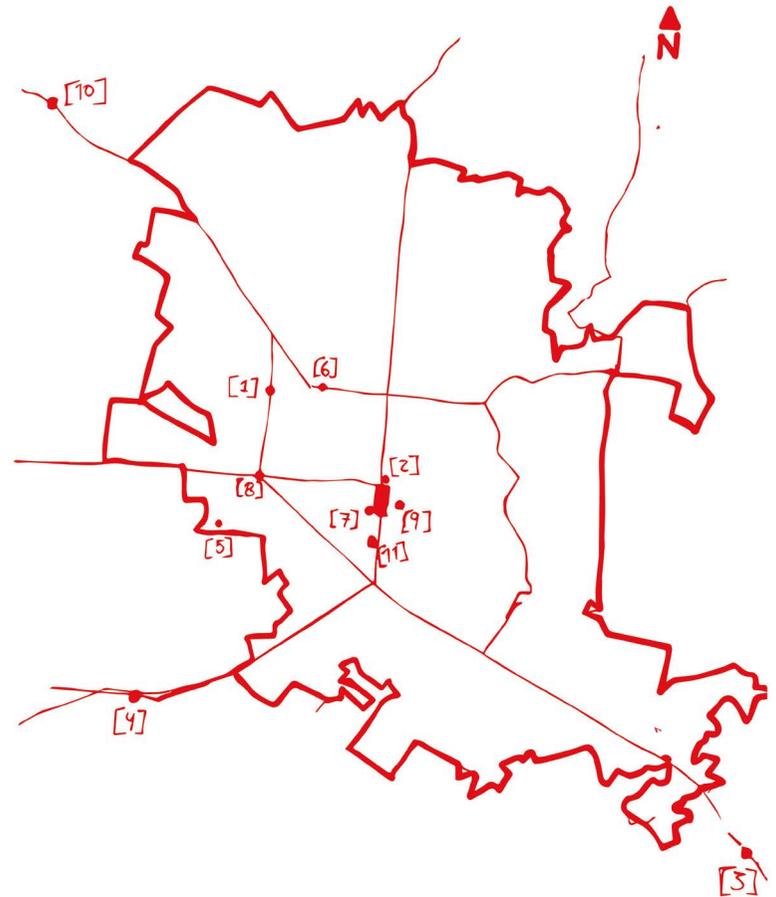
NUEVA LITERATURA
DE OCCIDENTE

www.sintitulo.mx

A LOS ALACRANES DE APATZINGÁN,
QUE SIEMPRE ATIZAN LA VIDA.
A DARINO, A RICHI,
A MARIO Y JAVIER,
TODOS, ALACRANES
DE LA MISMA
CALDERA

Índice

I El niño perdido	17
II Caldera de alacranes	25
III Nicolasa	39
IV Un par de monedas	47
V Atole de grano	53
VI El Chivito y la morisqueta con chile de puerco	71
VII Melancolía	81
VIII Limón	87
IX Las horas de Miranda	99
X La cacería	109
XI Estación Galeana	117



El niño perdido

“Para ser mariachi no es suficiente tocar una trompeta y llevar un ajustado traje con botonaduras plateadas, también es necesario saber torear los autos en la madrugada.”

José Manuel Aguilera



Tito sale de casa con la trompeta en el hombro. Camina apresurado, sus compañeros Los huisaches lo abandonaron. Es mediodía, el sol arde como el foco incandescente de las carnitas. Trata de aflojarse el moño rojo que trae atado al cuello, toca su estómago ceñido por el pantalón ajustado. Jadea, su rostro escurre de sudor. Cada viernes lo recogen para dirigirse a tocar al restaurante-bar La jaibita. El pelo mojado le gotea, el calor lo abrumba. Le silba a un taxi que pasa a gran velocidad.

En el trascurso del viaje saca un pañuelo del bolsillo y comienza a limpiar la trompeta.

—¿A qué parte del bulevar va?

—A La jaibita.

—¿Se pone bueno los viernes, verdad?

—No se crea, ahorita ni el domingo ha estado bien.

—¡Uy sí! El centro temprano se queda solo, como si el diablo anduviera suelto. Viera a mí cómo me ha ido. Ta cabrona la crisis. Luego con estas gentes, que seguido

paran todo, que ya queman carros, que se arman las balaceras... Hace una semana se me descompuso el taxi. Uno que vive al día, cómo le hace. No me quedó de otra que irme al corte de limón. Mire nomás cómo traigo las manos, todas espinadas. Hay que sacar para las tortillas. Se desacostumbra uno al campo.

El semáforo marca el alto. Tito se relaja, olvida que es tarde, que hace calor. A través de la ventanilla observa un bazar. Tiene más de un mes que apartó una guitarra. “Ojalá hoy salga para ir a recogerla”, piensa optimista. La mujer, dueña del bazar, levanta el polvo con la escoba. Tito la saluda, ella le responde con una sonrisa, pensando en la posibilidad de que el mariachi por fin se lleve la guitarra. El taxi avanza. Tito siente que la realidad vuelve. Que la vida se destraba por instantes, como si fuera una máquina tan oxidada que continuamente detiene su marcha. “La vida pesa más que la muerte”, se dice Tito.

—Uno ya no quiere volver al campo, le saca uno al solazo, luego con este calor, ta cabrón. Tengo veintitrés años con esta trompeta y aún no he tenido para comprarme otra. Toda la vida. Aunque sé tocar otros instrumentos no me gano nada, porque no tengo para comprármelos. ¡Qué pinche suerte!

El taxista ríe.

—¿Cuánto le debo, amigo?

Después de pagar se desean suerte. Se miran por un instante tan corto que parece inverosímil que sus caminos se crucen.

Afuera de La jaibita encuentra a Los huisaches, todos sentados bajo la sombra de un árbol, tomando Coca-Cola.

—¿Qué pasó?

—Se volvió a descomponer la Chimoltrufia, mi Tito.

—¿Y por qué no han empezado?

—Es que el Jaime anda arreglando el precio, se volvieron a rajar. Quieren pagarnos menos, igual que la semana pasada.

Un niño se acerca y les ofrece chicles.

—Hola pinche Tito.

—Hola pinche Sirenito, andabas perdido...

El niño trae las piernas chorreadas de mugre, tiene varios días que no toca el agua. Todos los días vaga por los bares de la zona con su caja de chicles. Nunca ha pisado la escuela, eso no le molesta. Piensa que para ser mariachi no se estudia.

—¿Qué te pasó? Enflacaste más.

—Ya deja de jalártela cabrón, no te digo...

—No sea cochino, pinche muchacho.

—¡Ja, ja, ja! Yo no soy como tú, Ramiro.

El niño vive con sus cuatro hermanos y su mamá. Ninguno estudia. Ella trabaja de mesera en La enramada, otro restaurante-bar de la zona. Sus hermanos trabajan vendiendo chicles, menos el mayor, ese lava carros en un auto-lavado que está por el bulevar. Se van juntos a trabajar y juntos regresan. No conoció a su padre, se fue a Estados Unidos cuando apenas era un bebé. Él, imagina que es un mariachi que toca en los mejores bares de California. Dice que algún día regresará y le va a cantar todas las canciones que le gustan. Su madre no sabe de dónde ha sacado esa idea, le parece extraño que cuente tal cosa, pero tampoco lo desmiente. Piensa que es un niño alegre. Que él, como ninguno de sus hijos, conserva un brillo, una inocencia parecida a la de su padre. Que

las personas como ellos nunca se apestan por la mierda de la vida. Que es la mejor herencia que le pudo tocar.

—¿A cuánto los traes ahora? Porque cada semana les subes.

—Dos por peso.

—Dame cuatro, Sirenito.

—Dale ocho, porque le apesta el hocico de tanto soplar.

El Sirenito ríe sin entender por completo. Aprendió a reír de todo lo que dicen los grandes aunque no entienda. También ha aprendido a bromear con los clientes. Muchos niños como él deambulan por los bares vendiendo el mismo producto, traen la cara triste o aparentan estar débiles para causar lástima. No le gusta que sientan lástima por él, por eso llega haciendo bromas, siempre le dan propina cuando cuenta alguna, así conoció a Los huisaches. La primera vez que el niño se les acercó, parecía tímido. Tito fue el primero en sacarle plática, eso le dio confianza, fue entonces cuando le preguntó si se sabía el chiste de la sirena, Tito contestó que no: “Unos marineros pescaron una sirena bien buena, con unas chichotas y unas nalgotas así de grandes... Cuando la tenían en el barco dijeron, ¿y ahora por dónde?” A Los huisaches les hizo mucha gracia, de allí en adelante lo llamaron el Sirenito.

—Dice Jaime que ya está.

Los huisaches toman sus instrumentos y entran a La jaibita. Tito le paga al Sirenito y le acaricia la cabeza en forma de despedida. Al Sirenito le da risa este gesto, recuerda la primera vez que los escuchó tocar. Deseaba ser su amigo, sobre todo de Tito. Sentía emoción al ver cómo se alejaba de los demás cuando tocaba “El niño

perdido”. El sonido de la trompeta era lo único que se escuchaba. Aquella canción le producía algo extraño. Le daban ganas de reír y de llorar al mismo tiempo. Creía que lo transformaba en otro, que se iba, que ya no era el niño que todos conocían, que volaba. Que nadie, mientras esa canción se escuchara, lo podía detener. La música era algo que siempre lo hacía sentir bien, mejor que la comida, que un abrazo de su mamá, mejor aún, que una foto de su padre. Pensaba que a través de la música se tenía una clase de poder.

Los limpiaparabrisas desde la otra acera del bulevar lo llaman. Él cruza. Los huisaches comienzan a tocar. El Sirenito les cuenta algunos chistes, sin dejar de prestar atención a la música que sale de La jaibita.

El olor a camarón con ajo mezclado con la bulla de la gente, el canto y los instrumentos de los mariachis impregnan esa parte del bulevar. Aquel aroma hace que la mujer del bazar medite sobre la comida mientras moja la banqueta. “Tengo papas pero me faltan jitomates y cebolla, si hago tacos faltarían las verduras para la salsa, y quién sabe si complete para las tortillas. No se ha vendido nada, ojalá el mariachi se lleve la guitarra, serían trescientos pesos.” Piensa una y otra vez como si el fluir del agua le diera más ideas. “Qué bien huelen los camarones, a ver cuándo hacemos unos, ojalá hayan vendido el limón, ojalá llegue el Panzón con algo de dinero para la comida.” El sonido del solo de trompeta la atrapa. Observa cómo el mariachi camina lentamente, creando aquel sonido melancólico. La música la envuelve, la aleja de todas sus preocupaciones. Se recarga en el almendro para disfrutar.

Al escuchar la trompeta el Sirenito se despide apresurado. Desea cruzar el bulevar. Se desespera por no estar en primera fila. Siente cómo sus orejas mastican una a una las ondas de la trompeta. Esas ondas que para él saben a obleas con cajeta. Llegan hasta su corazón. Toda su carne se vuelve ligera, llega el poder. Es capaz de volar.

Un taxista acelera tratando de acudir a un llamado. Desea recuperar los días perdidos, pagar lo que pidió prestado. La velocidad es una fuerza desbocada, la pobreza es una vida incompleta, la justicia es una estatua ciega. El calor, la falta de dinero, el cansancio, atizan la caldera de alacranes donde el veneno de la vida hormiguea.

El chirriar de unas llantas y un impacto inundan el bulevar. Un silencio pesado arranca a todos de sus labores. Tito se queda sin el aire que aviva la trompeta. La mujer sale de su regocijo. El taxista aprieta el volante como si no pudiera desprenderse de él. Siente que cae, que después de eso la turbulencia se lo tragará. El silencio se destraba, el tráfico se queja, los murmullos crecen, se escuchan palabras que terminan en gritos agudos. Llegan patrullas, la sirena de la ambulancia acapara la atención. Los niños miran el cuerpo de su hermano. La madre limpia con su delantal la sangre que le escurre del pequeño rostro.



En medio del bulevar 5 de mayo hay una pequeña cruz adornada con flores de plástico reseca y descoloridas, veladoras sucias por el polvo que empuja la velocidad de los carros. Música de mariachi, pobreza y bulla, ambientan aquel pedazo del mundo.

Caldera de alacranes

—¡Samuel! ¡prende el pinche ventilador! Tá bien que nos vayamos a ir al infierno, pero no quieras que nos adelantemos.

—¿Ya mero están los cafés? Ya hace como una hora que te los pedimos.

—¡Cabrón pues, qué no ves que ando moliendo! Y tú, Andrés, aparte de viudo, ciego. El ventilador está prendido. Deja prendo los otros para que no estén chingando.

Huele a café de Uruapan y cigarro. Son las dos de la tarde. Los ancianos están bañados en sudor. Samuel, el dueño del lugar, muele café en la ruidosa máquina. Voltea hacia la calle, la plaza se ve desolada, ni siquiera hay palomas. “Han de andar escondidas entre los árboles”, piensa.

—Ese ventilador está más viejo que tú y yo juntos, me hecho más aire con la mano.

—¡Qué calor, qué calor!

—¡Véngase doctor, apenas va empezar el juego!

—Nomás deja me desasoleo... ¿Qué tienes para comer, Samuel?

—Hay aporreadillo con frijoles.

—Sírvenme un plato y tráeme una coca, la más fría que tengas.

—¡Véngase doctor, véngase a nuestra mesa! ¡Qué coca ni que nada, pídense un café, eso quita el calor!

—De veras que sí doctor. Siempre al tercer café bien caliente que pido ya estoy bien empapado de sudor. Como que con el café el calor se espanta.

El doctor se tira una carcajada.

—¡Qué Roque tan ocurrente! Pero tienes razón, nomás que ahorita se me bajó la presión y necesito algo dulce.

Samuel destapa una Coca-Cola y se la lleva al doctor.

—¿Bueno cabrones van a jugar o no?

—Huy cabrón, eso de estar viudo no te sienta bien.

Todos se ríen a carcajadas. Samuel llega con un plato humeante de caldo de aporreadillo y una servilleta con tortillas.

—¿Dónde va a comer doctor?

—Aquí cerca de los muchachos, para ver la partida.

—¿Cuáles muchachos?... Yo no veo ninguno.

El doctor ríe mientras le da un ataque de tos.

—Ahorita le traigo más tortillas.

—También te encargo un café, Samuel.

Samuel se retira a la cocina. Los hombres comienzan a discutir.

—Te digo que es por el calor, nomás aquí pasan esas cosas.

—Esas cosas que dices Enrique, siempre han pasado. Qué tiempos ni qué tiempos. La gente de Tierra Caliente

siempre ha sido cabezona. Ya ves lo que pasó con la Guerra Cristera, nunca entró por acá, ¿por qué crees?... Porque la raza de Tierra Caliente no tiene fe en la iglesia. No le gusta que la manden.

—Pero en todos lados es lo mismo Andrés.

—No es lo mismo, no es lo mismo, tan viejo y tan inocente. Voy a creer que aquí naciste y no conoces, ¡qué no ves a la raza! Aquí a la gente le gusta andar despatarrujada, haciendo lo que la chingada gana le da. Ya vez en octubre, todos se emborrachan, la banda toca en la calle, bailan donde quieren. Siempre ha sido así. Primero fuimos nosotros, luego tus hijos, luego los nietos, luego lo que sigue.

—Eso sí es cierto, la gente de aquí es más cabrona que la de Tierra Fría.

—Te digo que por eso no entraron los cristeros. Aquí la iglesia nomás está para ir a comer cacahuates en misa, y para que las fotos de las bodas y los bautizos salgan bonitas.

Samuel le lleva la taza de café al doctor, arrima una silla y se sienta junto a ellos.

—Pues yo sí creo en la iglesia y la respeto. No todos somos herejes como tú.

—Eres convenenciero. Si hubiera otra guerra no te apuntabas a los chingadazos para defenderla. Es más, ni en misa te paras, qué vas a comparar a la raza de Jalisco que se la pasa metida en la iglesia celebrando a los santos. Desde la seis de la mañana ya están cantando y rezando. Los de aquí no somos así. Somos un pueblo sin ley. No nos gusta que nos manden.

—Pues eso sí es cierto. Fíjate lo que le pasó a don Virgilio, porque mandaba demás, y eso ya tiene hartos años. La gente de acá nunca se ha dejado.

—¡Cómo se vengaron los hijos!

—El desmadre que hay ahorita con los narcos, que las plazas, que las balaceras, que los descabezados...

—Eso anda en todos lados.

—Pero aquí la raza se da gusto.

—¡Déjate de eso! Lo que acaba de pasar con el Bitoque, viejo cabrón. Mero esta raza no tiene ley. A ver doctor, a usted que le tocó atender al muchacho, cuéntenos cómo estuvo eso.

El doctor come, sólo asiente con la cabeza.

—¿Se salvó de puro milagro el muchacho, verdad?

—Es el calor el que hace que la gente se ponga como alacrán, nomás anda viendo dónde ensartar el veneno.

—Yo digo que dejes comer a gusto al doctor y empieces a acomodar el dominó.

—Yo digo que te calles y dejes que nos cuente.

El doctor se limpia con una servilleta y toma el resto de refresco. Samuel retira el plato de la mesa, se va a la barra, enciende un cigarro. Regresa y se sienta.

—Tú no quieres que hable porque el Bitoque es tu amigo.

—Mi amigo nunca fue, me caía bien. Él me vendía la leche para la quesería y una que otra vaca pero nada más. Allí de ser amigos, eso es otra cosa.

—Algo te ha de haber contado.

—Pues sí, ya te había dicho yo que ese asunto iba a terminar mal. Tú estabas cuando les conté, ¿y qué dije yo? Eso no tiene buen fin.

—Dicen que el muchacho se salvó de milagro.

—¿Y qué va a pasar con el Bitoque, doctor?

—Nada, no le van a ser nada. Su hermana es diputada. Nomás estuvo encerrado como dos días. Luego luego lo soltaron. Dieron buen dinero y dicen que la hermana es muy amiga del gobernador.

—¡Qué cabrón! Disculpe doctor, pero ese Bitoque siempre ha sido un hijo de la chingada.

—No les digo que es el calor el que hace que esta raza sea tan cabrona.

—Yo supe todo desde el principio. Desde que al Bitoque le gustó la niña.

—¿Es la hija de la que vendía uchepos en el mercado de la Auate?

—Esa mera. Era la que siempre les hacía la uchepisa cada que los Bitoques tenían fiesta.

—¡Qué desmadre!

—Me acuerdo que ese día el mero Bitoque me vendió la leche. Nos quedamos platicando un rato. Allí estaba la uchepera y la niña. A mí me llamó la atención la mirada que le echaba el Bitoque a la niña, pero pensé que uno de viejo es muy mal pensado.

—Pero ya ves lo que dice el dicho, piensa mal y acertarás.

—¿Como cuántos años tenía la niña?

—Yo le calculé como unos diez, once a lo mucho. Muy chula, de cara de angelito y unos ojos grandotes y brillosos como de venado. Pero eso no le quitaba lo niña... Ya cuando despachó a la uchepera el Bitoque me preguntó, ¿Andrés, ya sabes que me voy a casar? Yo pensé que estaba bromeando, pero me lo dijo tan serio que me puso a dudar. Yo sabía que tenía muchas novias, que era cliente del manguito, ya ven que de ahí no salía.

—¿A poco todavía podía?

—¿Y luego para qué existe el Viagra?

—Pero dicen que con eso se para el corazón, ¿verdad doctor?

—No nomás el corazón.

Todos comienzan a reír, el doctor mueve la cabeza y da un sorbo al café.

—Ya cállense, sigue contando Andrés.

—Cabrón chismoso no que querías jugar dominó rápido, que porque tenías que ir a quién sabe dónde.

—Total que le pregunté quién era la novia. Él me respondió, cómo que quién Andrés, pues la que se acaba de ir. Entonces yo pensé que se refería a la uchepera. Nomás me reí. Como que no le creí mucho porque no se veía que la uchepera fuera del gusto del Bitoque, él siempre andaba con más jóvenes. Pero total, ya me tenía que ir y él no entró en detalles. A las semanas me enteré por Genoveva, su hija, de lo que se traía entre manos. Ese día ella me vendió la leche. Estaba bien encabronada, en la cara se le veía que echaba chispas. Como siempre nos hemos hablado bien, le pregunté por qué andaba así, ella sin pensarlo me dijo, pues mi apá que anda de enamorado. Eso no tiene nada de malo, le respondí. No, don Andrés, sí tiene, porque anda enamorado de la hija de Marta, la uchepera. Ya tenía semanas que yo lo veía muy raro. Terminaba de ordeñar y se metía a bañar, se perfumaba y se ponía las botas de los domingos. Se iba a chiflar afuera de la casa de Marta. Estaba un rato allí parado, y luego se regresaba a comer y en la tarde otra vez, allí mero debajo de la parota. Platicaba con doña Marta y a veces con la niña. En la noche se daba otra vuelta. Un día la Marta le preguntó qué traía,

por qué tanta chifladera y tanta visita, que qué andaba buscando. Y mi apá le respondió, me ando queriendo casar. Ya te imaginarás Andrés que la Marta se ha de ver volado toda, ya ves que tiene hartos años viuda. Todo eso se lo contó la uchepera a la Genoveva unos días después, quejándose del Bitoque... Oye Samuel tráeme otro café porque nomás el calor no se va.

—¡Síguele Andrés, síguele!

—Pues la Marta pensó que los chiflidos eran para ella.

—Eso ya lo dijiste.

—Cállate, déjalo hablar.

—La Marta le dijo, pues ya estamos viejos para andar con esas cosas, y el Bitoque le contestó, tarás vieja tú, yo me siento como chirimoya cimarrona.

Roque suelta la carcajada.

—¡Viejo cabrón!

—Yo creo que la uchepera se ha de ver puesto roja de lo volada que estaba.

—Entonces el Bitoque le dijo, Martita tú ya estás vieja para andar trabajando tanto, es mucha chinga pa ti sola. Mi casa es grande, tengo más de setenta vacas, el Rancho la flor y unos cuantos caballos finos, propiedades. Nos conocemos desde jóvenes. Ya no estamos pa andar con rodeos. Te tengo un negocio que nos conviene a los dos. Yo quiero casarme y tú ya no puedes trabajar. Dame la mano de la niña y yo me ocupo que no les falte nada.

—¡Pinche Bitoque cabrón! Nada pendejo.

—¿Y qué dijo la Marta?

—Pues se quedó trabada, luego le mentó la madre. En ese mismo rato fue a quejarse con la Genoveva.

—¿Entonces cómo estuvo que sí se llevó a la niña?

—Ándale Samuel prepárame el café, a ver si así se me quita el calor.

—Espérate, ¿y qué pasó después?

—Pos qué pasó Samuel. Que le dio hartas vacas, un terreno y un dinero. Dicen que la Marta hasta dejó de vender uchepos, dicen, porque eso no me consta.

—Yo no sé, yo sólo sé lo que leí en el periódico.

—Cállate cabrón, en el periódico dicen puras mentiras.

—Eso sí es cierto.

—Hicieron un arreglo.

—Creo que con todo lo que pasó la Marta se fue para Uruapan.

—No, para Pátzcuaro, que allá está toda su familia.

—Esa vieja no importa. A ver doctor usted que atendió al Titi, ¡cuéntenos cómo estaba!

El doctor saca un pañuelo y se seca el sudor. Toma un trago al café.

—Quedó bien desmadrado, a mi nieto le tocó llevarlo al hospital.

—Espérate que cuente el doctor.

—Pues qué les voy a contar. Se salvó de milagro. Pero es un decir que se salvó, porque ese muchacho ya no va volver a estar sano. En primera le destrozó la cara, muchos de los huesos del cuerpo. Lo trajeron a mi hospital, lo intervenimos, pero yo no podía hacer mucho, nada más lo mantuve estable para mandarlo a Morelia. Allá tengo un amigo que trabaja en el hospital a donde lo mandamos. Antier me habló, me dijo que el muchacho no va a volver a decir palabra. Con terapia quizá logre caminar.

—Todo se paga.

Tras decir esto, se quedan callados. Sólo se escucha el rechinar de los ventiladores.

—Pues yo voy a ser sincero, se lo tiene bien merecido. Que me perdone Dios, pero lo que hizo ese muchacho no tiene nombre.

—Pos sí, pero también el que la debió de haber pagado era el Bitoque y mira dónde está.

—Dicen que fue en el cumpleaños de la niña, ¿no?

—Sí, hasta yo alcancé uchepos de esa fiesta. El Bitoque invitó a toda la colonia y a sus allegados.

—¿Qué, la niña ya vivía en la casa del Bitoque?

—Pos todos decían que sí. Que después que la Marta se arregló con él, empezó a mandarla todos los días, que para que les ayudara a hacer el quehacer. Pero el Bitoque no la dejaba que hiciera nada. Se la pasaba comprándole juguetes y libros, que disque le leía en las tardes.

—Qué le iba a leer, si ese fulano no sabe ni hablar.

—Pues eso decían los vecinos. Que primero la Marta la mandaba de ratitos, luego todo el día, hasta que ya empezó a dormir allí.

—¿Y la Genoveva qué decía?

—Nada, pues qué iba a decir, si todo es del Bitoque. El arrimado se aguanta. Eso sí, siempre que me atendía andaba reencabronada, y decía...

—No te desvíes Andrés, qué pasó el día del cumpleaños.

—Pos a mí me invitó el mero Bitoque, como les digo, tengo años comprándole la leche. Así que un día llegué y me dijo, oye Andrés te invito al cumpleaños de mi niña. Yo sólo asentí sin decirle ni sí ni no. Pero no fui, el que sí fue, fue Carlos mi nieto, él es muy amigo de Jacobo

el hermano del Titi. Me contó que todo empezó cuando andaban buscando a la niña para que soplara las velas. Le estuvieron hablar y hablar pero nomás no salía de ningún lado. El Bitoque al principio estaba tranquilo porque pensaba que andaba jugando con los otros niños, pero nada. Entonces al ver que no aparecía, se metió a la casa, a los cuartos, al corral, a las caballerizas...

—¡Buenas!

—Pásale Poncho.

—¿Hay convención de huevones o qué? Exceptuando usted, doctor.

—¡Cállate cabrón!

—¿Qué hay para comer Samuel?

—Aporreadillo, pero hasta que termine de platicar Andrés te voy a atender.

—¡Uh qué la chingada! El que tiene tienda que la atiende.

Poncho se acerca al refrigerador y toma una Coca-Cola, la destapa y se sienta junto a los otros. Pregunta sobre la plática pero todos lo callan.

—Pues allí mero en la última caballeriza, la que está mero hasta atrás del lote, allá la encontró. Me dijo mi nieto que nomás escucharon el griterío y todos corrieron a ver qué pasaba. La niña estaba tirada llorando con el vestido roto. La había amarrado con una riata al poste donde amarran al caballo. Ya cuando mi nieto llegó, el Bitoque traía al Titi como muñeco de trapo, lo azotaba contra la pared. Nadie se metió, porque dicen que el Bitoque estaba hecho el diablo. Le hablaron a la policía, pero tardó en llegar. La Genoveva salió de la casa con la retrocarga en la mano y amenazó a su papá, le dijo que si no soltaba a su hijo, mataba a la niña. De esa manera

fue como se lo pudieron quitar. Para eso, el Titi ya ni se veía entre tanta sangre.

—¿Y ya se murió o qué?

—¡Ay Poncho, llegas tarde a la función!

—¿Como cuántos años tiene el Titi?

—Pues es menor que Carlos mi nieto, como catorce o quince. Es de admirarse porque el Bitoque lo crió, dicen que era su nieto consentido, era el más chico. Es el menor de la Genoveva y ya ven que ella nunca se casó.

—Está muy canijo ese asunto.

—¿Y al Bitoque ya lo soltaron?

—Sí, ya anda libre el cabrón.

—Lo primero que hizo fue buscar a la niña. Pero que nadie sabe razón, ni de la niña ni de doña Marta. Unos dicen que se fue para Uruapan, otros para Pátzcuaro, otros para Chila, que de allá es.

—Es de Pátzcuaro.

—Es de Chila, en Pátzcuaro tiene familiares, pero ella es de Chila.

—Por eso es tan cabrona.

—Pos sabe de dónde será, el chiste es que está perdida.

—Samuel, prepárame el café pues.

—Y a mí el plato de aporreadillo, que no he comido.

Samuel se levanta y va hacia la cocina, le prende a la estufa y comienza a calentar la cazuela con guiso. Pone agua para café y sale.

—¡Pinche calorón todavía no se apacigua, lo trae a uno todo pendejo! Tráeme otro café a mí también Samuel.

—Todo es por culpa del calor, por eso pasan esas cosas.

—Pues sí, ha de ser el calor, qué más va a ser.

—¿Cuánto te debo Samuel?

—Lo de siempre doctor.

—Cómo vas a creer.

—Ya sabe doctor, por lo de la medicina.

—Eso es otra cosa.

—Tómele la palabra doctor, porque ese Samuel es más duro que las piedras.

El doctor ríe, recoge su sombrero y se levanta.

—¿No se va a quedar a la partida doctor?

—No, ahora no, quiero descansar. A ver Samuel deja te pago una ronda de cafés para los muchachos, eso sí me los puedes cobrar.

—Gracias doctor.

—De nada, de nada, mañana vengo, que sigan disfrutando.

El doctor sale. Andrés comienza a mover las fichas de dominó. Samuel trae el plato humeante de aporreadillo y las tazas de café.

—Yo digo que es hora de empezar.

—¿Vas a jugar Samuel?

—Sí ya voy. Espérenme nomás dejen muelo más café, porque ahorita va a empezar a llegar la gente.

Samuel tritura los granos de café en la máquina ruidosa, observa el reloj de pared, se da cuenta que son las cuatro y media. Afuera el sol no se quiere apagar. La claridad sigue encendida, amarilla como fuego, como si todo el pueblo fuera una caldera.

ESTA "CALDERA DE ALACRANES" SE TERMINÓ DE FUNDIR E IMPRIMIR EN EL MES DE JULIO DEL AÑO 2023 EN LOS TALLERES DE INTEGRA, UBICADOS EN LA CALLE FRAY ANTONIO ALCALDE 830, COLONIA ALCALDE BARRANQUITAS, C. P. 44270, EN LA CIUDAD DE GUADALAJARA, JALISCO, MÉXICO. PARA SU COMPOSICIÓN SE UTILIZARON LAS TIPOGRAFÍAS CIRCULAR STD BOLD Y BOOK, ORATOR STD Y LA FAMILIA TIPOGRÁFICA CENTURY SCHOOLBOOK. LOS FORROS SE IMPRIMIERON EN PAPEL COUCHÉ 300 G PARA PORTADAS, INTERIORES EN PAPEL PÓLEN NATURAL 80 G. EL TIRAJE FUE DE 500 EJEMPLARES. EL CUIDADO DE LA EDICIÓN SE ENCONTRÓ A CARGO DE JULIO ESPÍRITU, EL ARTE DE CUBIERTA Y VIÑETAS FUERON DIBUJADAS POR ALBERTO ROMO, Y EL GRABADO SE ENCONTRÓ AL CUIDADO DE JUAN PABLO VADILLO. LA IMPRESIÓN ESTUVO AL CUIDADO DE CÉSAR SÁNCHEZ.

PRIMERA IMPRESIÓN CONFORMADA POR UNA EDICIÓN DE 500 EJEMPLARES CON 50 DE LOS MISMOS FIRMADOS Y NUMERADOS POR LA AUTORA: DEL 01 AL 50

IMPRESIÓN DE GRABADO CONFORMADA POR UNA EDICIÓN CON 30 GRABADOS NUMERADOS DEL 01 AL 30 FIRMADOS POR LA AUTORA Y EL ARTISTA



